



# BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO

BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – JULIO - SEPTIEMBRE 2006 – (AÑO 44)

## EL RECORRIDO DE LOS PASTORCILLOS (3)

Las palabras de la Santísima Virgen en Fátima llaman con insistencia a los hombres a la conversión, a la reparación por los muchos pecados de este mundo ateo; esta reparación debe ser al mismo tiempo en representación

quiere mostrar a nuestro mundo ateo toda la tragedia del pecado y llamarlos para la reparación.

Para comprender la exigencia de reparación al Corazón Inmaculado de María, vamos a analizar, a la luz de la

La recapitulación  
de la salvación  
es la victoria total  
sobre el pecado  
por la humillación  
de Cristo en la Cruz.



Fátima – Calvario Húngaro – Escena de la Crucifixión

También María  
se encontraba  
junto a su Hijo  
en el momento  
de la realización  
de la salvación  
de la humanidad.

para alcanzar la conversión y la salvación “de los pobres pecadores”. como decían los “Pastorcitos”, y debe ser una reparación ofrecida, no únicamente a Dios y a Cristo Nuestro Señor, sino también al Inmaculado Corazón de María.

Si consideramos el Mensaje de Fátima a la luz de la doctrina anselmiana medieval, como la reparación que Cristo hace en representación por toda la Humanidad, fácilmente comprenderemos que en la tierra también cada hombre está obligado a reparar por las ofensas hechas por sí mismo y también por los otros, o sea por los pecadores. Este principio se aplica especialmente a las ofensas contra el Inmaculado Corazón de María. Aquí todavía el hombre está más obligado, porque María es superior a todos los hombres, es la más próxima de Dios y de Cristo Redentor, y así todos los pecados y ofensas, que los hombres hacen contra Dios y contra el Divino Corazón de Jesús, se infligen también al Corazón Inmaculado de María, lo alcanzan y lo hieren.

Los hombres de hoy perciben mal esto y le muestran poca atención; ahora advertidos por el Mensaje de Fátima, deben entrar más en sus conciencias. Quien con atención medita en las palabras de Nuestra Señora en Fátima, fácilmente percibe, que ellas le quieren conducir a una comprensión más profunda de la salvación, del misterio del Corazón de Jesús, y también a la comprensión más profunda del pecado y de la reparación. María en Fátima,

Sagrada Escritura, tres puntos principales. Teniendo en consideración su carácter teológico, pedimos comprensión por no poder evitar en la presentación todos los términos técnicos en teología y algunas palabras extranjeras. Con las repeticiones queremos destacar y subrayar los pensamientos centrales y esclarecerlos con nuevos aspectos.

### 1. *El lugar de María en el designio absoluto de Dios y en el Misterio de Cristo*

En el Mensaje de Fátima no se trata de “nuevas revelaciones”, antes bien de las verdades fundamentales de la Sagrada Escritura y de la Tradición, realidades de orden mundial y de la historia de la salvación, que fueron lentamente reducidas, enterradas y olvidadas y ahora deben ser despertadas en la conciencia de los hombres, del mundo y de la Iglesia. Sólo en este marco se entiende el verdadero significado y la elevada importancia del mensaje y del llamamiento de Nuestra Señora en Fátima. María no pide ninguna cosa particular ligada al tiempo actual, que valga solamente para nuestra situación, por ejemplo, para ayudarnos en nuestras necesidades temporales, en nuestras aflicciones, en las diferentes guerras que discurren a nuestro alrededor, pero sí una cosa absolutamente necesaria y universal: Ella se dirige incondicionalmente a

toda la humanidad, al mundo entero y llama a su misma misión general en la salvación.

La Consagración al Corazón Inmaculado de María no es una piadosa devoción particular, que sirva bien para unos y menos bien para otros; no es una protección de resguardo, o un mérito, sino que es una necesidad universal para los individuos, para la Iglesia y para toda la humanidad.

Es una indicación de que la posición y la importancia salvífica de María debe ser contemplada en este orden de la salvación, y específicamente en el aspecto de su Corazón Inmaculado. María presenta su Corazón Inmaculado en Fátima como en una dirección con el propio Dios transcendente y con Cristo Redentor. Todos los pecados y todas las ofensas de los hombres, dirigidas contra Dios y contra Cristo, tocan directamente al propio Dios pero como pecados y ofensas van dirigidas también contra el Inmaculado Corazón de María, porque en María afectan a Dios. Es por eso, la misma reparación que el hombre ofrece a Dios y al Divino Corazón de Jesús, vale también para María.

2. *El pecado no es sólo una palabra, sino en primer lugar una verdadera blasfemia contra Dios, una profanación del nombre de Dios*

María habla sólo de un único pecado: de la blasfemia, –ultrajes, sacrilegios e indiferencias– pecado cometido contra Cristo y contra el Corazón Inmaculado de María. Ella dice esto con tristeza, con una voz suplicante, como una queja amable y una petición profunda.

Aquí podría hacerse la pregunta ¿por qué motivo debe ser hecha la reparación precisamente en representación por los otros, por las blasfemias de los otros?.

Y también podemos objetar: las blasfemias, que son los pecados contra el segundo Mandamiento de Dios, hoy casi no se oyen; otros pecados son actualmente mucho más practicados y más destructores.

Esto sin embargo es una ilusión engañosa. María toca aquí una llaga más profunda y destapa la podredumbre interior: el hombre, en realidad, ni siquiera sabe lo que es “pecado”.

Y Nuestra Señora quiere en Fátima enseñar y mostrar lo que es finalmente el “pecado”, donde se encuentra la raíz interior de todos los deseos pecaminosos y actividades perversas, indicando con insistencia aquello que según la revelación de la Sagrada Escritura es «pecado». El pecado no es sólo una palabra sino en primer lugar es una verdadera blasfemia, es una profanación del Nombre de Dios, es un robo de la semejanza con Dios, que el hombre no sólo jurídica, sino ontológicamente posee en su interior y que debe glorificar, para así realizar su propia vida.

3. *El verdadero significado bíblico de la “reparación”*

- a) La adoración se identifica con la reparación
- b) La adoración reparadora es necesaria para salvar a los pecadores
- c) La adoración reparadora que se ofrece a Dios, es la misma que se ofrece al Corazón Inmaculado de María

La reparación, que el Corazón Inmaculado de María exige, no es cosa ni acto humano, que denote relación al culto, como por ejemplo, construir una iglesia, practicar una devoción, hacer una consagración. María no exige una re-paración simbólica sino la viva realidad mística, que es

nuestro ofrecimiento total a Dios santo, eterno, que es Amor. Ella exige la adoración a Dios, nuestra entrega, nuestra adoración en este nuestro mundo concreto, alejado de Dios por la caída de Adán. Tal adoración sólo se realiza en nuestro ofrecimiento, que está unido en esta vida terrestre a muchos sufrimientos. El ofrecimiento de toda la persona humana contiene en sí la reparación, y que se ofrece simultáneamente a Dios, al Corazón Divino de Jesús y al Corazón Inmaculado de María. Sólo en tal ofrecimiento consiste la verdadera reparación, y no en ciertas acciones reparadoras externas, y sólo en ella se encuentra también la eficacia que el hombre puede ofrecer por otras personas.

María exige esta reparación a su Corazón Inmaculado como un deber necesario de cada persona, y no como un culto de libre “devoción”. Ella exige la realidad mística de reparación, el ofrecimiento místico de reparación, en unión con el sacrificio de la Cruz de Jesús, que el Ángel enseñó a los pequeños pastorcitos y nosotros también rezamos: “Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María os pido la conversión de los pobres pecadores”.

En este ofrecimiento, la consagración, la santificación, la purificación y la reparación son una única realización mística. Con este vivo ofrecimiento presentamos a Dios nuestra adoración y colaboramos con nuestra Señora tanto en nuestra propia santificación como en la de los otros.

La Consagración al Corazón Inmaculado de María revela la purificación del propio corazón. María pide esta purificación y santificación de nuestro corazón, que obligatoriamente abarca y compenetra toda nuestra personalidad. El ofrecimiento que debemos a Dios Santo, será por tanto al mismo tiempo reparación, purificación y reparación por los otros, como también reparación y consagración al Corazón Inmaculado de María.

María nos presenta su propio Corazón Inmaculado, para así acelerar nuestra interioridad, para conducir nuestra mirada hacia el interior, hacia nuestro propio corazón y quiere convencernos que a partir de dentro, sólo en el corazón se puede realizar la purificación, la consagración, la reparación y la santificación.

### I. El lugar de María en el Misterio de Cristo

La divina revelación nos presenta a Cristo no sólo como el Salvador del hombre caído, por quien hizo la reparación, sino que además toda la creación está fundamentada en Jesucristo Dios hombre. El misterio de la salvación por Cristo es así el fundamento de toda la existencia humana: el hombre desde su origen, es introducido por el Espíritu Santo en unión mística con Cristo y participa en la vida inmortal de Cristo para la que fue creado desde el principio. El Nombre de Dios se encontraba grabado en la naturaleza del hombre, puesto que creado a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26). Su “Nombre” viene del propio Cristo, porque “Cristo es la imagen de Dios invisible” (2 Cor,4-4, Col 1,45) y el primer hombre fue creado según este retrato de Cristo Dios-Hombre. No se

trata de una pura denominación jurídica, sino que Dios comunicó al hombre realmente su propio Santo Nombre y esta denominación divina queda indeleblemente gravada en el interior del hombre, forma parte de la santidad de Dios, y representa la transcendencia absoluta de Dios sobre todas las criaturas. El hombre posee el poder, la fuerza, la irradiación, la atracción, el dominio de Dios sobre toda la creación, el hombre tiene en sí el Espíritu Santo que es Amor. Dios, al dar al hombre su propio Nombre, le dio su Santidad y su dominio sobre la creación y quiso hacer del interior del hombre su propia casa, quiso que su Espíritu Santo habite en el corazón del hombre. Así, el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, se tornó en Cristo señor de la creación.

Esto significa que el rayo de luz de la vida divina entró invisiblemente en el interior de toda la personalidad humana, para que también así el hombre pueda ser y obrar a semejanza de Dios. Él toma parte en la santidad, en la fuerza de irradiación y atracción espiritual de Dios. En esto consiste el reinado del hombre, el dominio real en la santidad, y sobre el hombre reposa la bendición de Dios. El reinado del hombre es un momento vivo, dinámico de su ser como imagen y semejanza de Dios y en este reinado, él debe activar su fuerza espiritual de irradiación y de atracción, su influencia sobre las otras criaturas.

Esta verdad fundamental se lee en todas las páginas de la Sagrada Escritura. Dios reveló y comunicó al hombre su Santo Nombre y por eso Dios vigila, para que viviendo su Nombre, su Espíritu, su "Ley" en los corazones de los hombres, así el hombre se santifique por el Santo Nombre de Dios. El Nombre de Dios será así la fuerza, el poder libertador y salvador del hombre. Dios dio a sus elegidos el "nombre" con que El los llama, y cada uno por su propio nombre. Con este "dar a los hombres su nombre" está unida también la bendición y la divulgación de la bendición divina; y la bendición de Dios, que tiene el fundamento en sus elegidos, puede ser transmitida también para otros, con quienes contactan.

El propio Dios está con ellos, les dará la bendición, siendo la comunicación del Nombre divino una comunicación de santidad, de poder y de fuerza divina, y Dios transmitirá a los hombres el poder de salvar y santificar a otros. Será, por tanto, el alargamiento y la transmisión de la bendición y de la gracia.

El significado y la fuerza de la nominación divina existía en la vida de todos los patriarcas y elegidos de Dios y es bien visible en la vida de Jacob después de la lucha nocturna (Gen 32, 24-31); los momentos descritos revelan el significado de la nominación de Jacob y el contenido del nombre "Israel". "Tu nombre no será más Jacob, sino Israel, porque estás fortalecido por Dios y contra los hombres serás poderoso".

Dios transforma el hombre entero por esta nominación para su "vocación" en Cristo y le da su propio Nombre, para dejarse glorificar, para brillar e irradiar su santidad y gloria, poder y fuerza. Lo decisivo es su propia santificación, y la glorificación del Nombre divino. El Nombre de Dios debe permanecer en la persona humana, santo y glorificado, porque el hombre fue creado únicamente para la glorificación del Nombre divino y de Cristo: este es su principal destino.

Ser "imagen y semejanza de Dios" en Cristo es la verdadera santidad del hombre, cuya raíz es la inhabita-

ción del Espíritu Divino de Cristo en el corazón humano. Cada hombre fue destinado para este poseer de la santidad de Cristo y esta unión mística con Él debe formar al hombre entero porque esta su estructura se encuentra indeleblemente en su interior.

Por tanto si el hombre abandona este su ser, de pertenecer totalmente a Dios, abandonará también su centro y su fin. Adán, el primer hombre creado, no sólo fue la primera imagen y semejanza de Dios en Cristo, sino también el tipo de Cristo, de la Cabeza universal de todo el género humano. El fue creado para la unión mística con Cristo y sólo en él estaba la razón de su ser. El reinado de la santidad de Cristo es desde el principio la fuerza universal de todo el género humano. La perversión total de Adán fue el robo de la semejanza de Dios, y tuvo para todo el género humano un poder universal e introdujo en la creación el reino del pecado, el reino de la falta de santidad, el ateísmo. Satanás, se tornó, en un proceso dinámico de separación de Dios, en una descomposición natural y física, en la destrucción, en la muerte y en la condenación, señor de este globo en los deseos del hombre apartado de Dios y en su decadencia corporal. Adán transformó el género humano en una "generación perversa" y cada persona en una "viva" imagen y semejanza del pecado y del ateísmo.

La perversión total y la depravación de esta generación atea y por eso mala, se encuentra claramente descrita en toda la Sagrada Escritura, tanto en las palabras de los profetas y en los acontecimientos, como también del propio Cristo y de manera más dramática en el proceso de su muerte en la Cruz.

El decreto absoluto del mundo y de la salvación de Dios es la recapitulación en Cristo Hombre-Dios. "Recapitulación" es el resumen de la salvación en Cristo, Cabeza de la creación, en el Kairós de la realización y en la perfección en la "plenitud del tiempo" o en el "momento de la realización durante el curso del mundo". El sacrificio de Cristo en la Cruz es por eso el "Kairós" de la realización y de la perfección de todas las promesas que abraza todo el tiempo del mundo y la victoria definitiva en el curso de este mundo pervertido por la caída de Adán. La Cruz de Cristo es para todo el género humano la fuerza universal y absoluta de la victoria sobre el mundo. Por eso la salvación del hombre, el crecimiento del misterio de Cristo en los individuos y en la construcción del Cuerpo Místico de Cristo no es un proceso temporal, es el crecer del hombre en el eterno Misterio de Cristo en el "Kairós de la Recapitulación". El hombre sólo puede salvarse de la esclavitud espiritual y física del pecado uniéndose con Dios y renovado por la fuerza del Espíritu Divino de Cristo para la inmortalidad y sólo así puede glorificar el Nombre de Dios santo e inmortal.

La recapitulación de la salvación es, por tanto, algo muy diferente de una sencilla reparación moral por los otros. Ella es en la creación la victoria total sobre la desgracia universal del pecado, por la humillación de Cristo en la Cruz. Así, por la vida divina-humana de Cristo fue quebrado el orgullo de Adán, que era la raíz interior del destierro por Dios y de la corrupción. La muerte y la resurrección de Cristo es la fuerza ontológica de la victoria sobre la muerte, para reconducir al nuevo hombre a la inmortalidad. La recapitulación es por tanto el principio, el centro y el fin

del nuevo orden del mundo y de la salvación, el Kairós de la definitiva y total realización y perfección.

También María se encuentra con Cristo, con el Kairos de la realización y la perfección, como nos lo muestra la revelación de la Sagrada Escritura y toda la tradición patristica.

María es la nueva Eva, que fue destinada y sobrepuesta, desde el principio a la mujer del primer hombre creado, que tuvo parte importante en la desgracia de la caída. María es, según el decreto absoluto de Dios, la recapitulación de Eva, como Cristo es la realización y la perfección de Adán, por eso Ella es con Cristo el principio universal, el coprincipio de la victoria total y de la anulación de la desgracia del pecado, en santidad perfecta. Ella es la Inmaculada intacta de eterna virginidad y así toma parte en la victoria de la fuerza salvadora de Cristo que abarca el mundo entero.

María es la perfecta imagen y semejanza de Dios en Cristo, que por la caída de los primeros padres no fue transformada en imagen de pecado.

Pero el centro interior de esta incolumidad es su Corazón Inmaculado, porque en este Corazón puro fue derramado por la inhabitación del divino Espíritu de Cristo el Amor de Dios. A partir de este centro domina la santidad de Cristo toda la vida de María, y así el horizonte espiritual y toda la irradiación de la acción de María se extiende sobre toda la humanidad y abarca todo el tiempo.

María es libre de cualquier esclavitud de la desgracia del pecado. Ella contiene la realización de la profecía: "Salve, llena de gracia" (Luc, 1,28) "¡Exulta de alegría hija de Sión!" (Zac 9,9). Ella exulta en la alegría de la libertad. Ella encuentra en sí la riqueza universal de la gracia traída por Cristo, como "bendita entre todas las mujeres" (Luc 1,42) y será testigo en el misterio de Cristo bajo el sacrificio de la Cruz, en el Kairós de la propia perfección como la verdadera "Madre de los vivos". María concentra en sí, absoluta, universal y perfectamente la realización y el cumplimiento del "misterio de la Iglesia"; esto quiere decir la unión mística del hombre con Cristo en su Espíritu Santo

### «Santísima Trinidad... yo Os ofrezco...»

En su último libro «Cómo veo el Mensaje...» la Hna Lucía se refiere a esta oración mística enseñada por el Angel en la tercera aparición: «fue para mí un gran lazo de mi unión con Dios, lazo que me estrecha, me ata, indisolublemente grabada en mi corazón»

Aprendámosla también nosotros y colaboremos con María en nuestra santificación y en la santificación de los otros. También nuestra colaboración debe unirse a muchos sacrificios y sufrimientos.

Según Lucía, en el libro «Llamadas del Mensaje de Fátima», Nuestra Señora ya en la primera aparición «diri-

gió a las humildes criaturas esta pregunta: «¿Queréis ofrecer vosotros a Dios el soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?» A lo que respondí en nombre de los tres: «Sí, ¡queremos!»

En aquel momento, esta respuesta fue dada de modo espontáneo e inconsciente, porque ni de lejos suponía lo que ello venía a representar o su pleno alcance. Pero, nunca me arrepentí de ello, antes lo renuevo cada día, pidiendo a Dios la gracia y la fuerza precisa para cumplirla con fidelidad, hasta el fin.

Esta pregunta de nuestra Señora me hace recordar aquella que Jesucristo hizo a los dos hijos de Zebedeo, cuando éstos Le pidieron los dos primeros lugares en el Reino del Cielo, y Él "replicó: no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber? Le dijeron: podemos." (Mt. 20,22).

Para salvarnos, todos hemos de beber el cáliz del sacrificio, de la renuncia a los propios gustos aun cuando sean lícitos, a las propias inclinaciones cuando ellas nos arrastran por el camino del mal, a las propias comodidades si son exageradas; y, al contrario, hemos de abrazar los sacrificios que la vida trae consigo, tanto de orden material y físico como moral, social y espiritual.

Ahora este sacrificio cae sobre todos, lo mismo sobre aquellos que no tienen la felicidad de poseer el don de la fe. También ellos encontrarán en su camino el sacrificio, porque toda la humanidad está marcada con la señal de la cruz redentora de Cristo, aunque no la conozca o no quiera aprovecharse de ella. Todos hemos de llevar la parte de la cruz de Cristo que nos toca en la obra de la redención, porque la cruz pesa por causa del pecado, o mejor, el pecado trae consigo el peso de la cruz.

En verdad, fue para borrar de nosotros las manchas del pecado por lo que Jesús tomó sobre Sí el peso de la cruz. Pero, para que este acto de Cristo nos aproveche, es preciso que cada uno de nosotros lleve, con fe y amor, su propia cruz detrás de la de Cristo, en unión con Cristo; en otras palabras, es preciso el sacrificio, aceptado y ofrecido a Dios con Cristo por los propios pecado y por los pecados de nuestros hermanos. Es en este sentido en el que el Mensaje nos pregunta a todos, porque él es para todos: «¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?».

Pero, para una naturaleza frágil y decaída por el pecado como la nuestra, el soportar constante, generosa y meritoriamente el sacrificio no es posible, sin un auxilio especial de la gracia de Dios que nos sustente y consuele. Por eso, Nuestra Señora respondió al «Sí» pobre y humilde de las criaturas con la promesa del auxilio de la gracia: «Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza».